

# ANTONIO PEREIRA

## Poeta

JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO

Tenían que llegar. Sí, los últimos reconocimientos nos parecen ahora tan obligados que a uno sólo le extraña que no se le hubiesen otorgado antes. El premio Castilla y León de las Letras pone, por el momento, colofón a una trayectoria literaria en la que sucesivos galardones han ido ratificando la valía de un escritor cuyo mejor premio es el saber que el número de lectores es cada vez más numeroso. La Universidad ni podía ni quería mantenerse ajena ante los méritos de un escritor tan relevante como Antonio Pereira y, en consecuencia, le otorgó el mayor honor académico que puede conceder, el Doctorado Honoris Causa, grado que, en solemne sesión, le será impuesto el 15 de marzo.

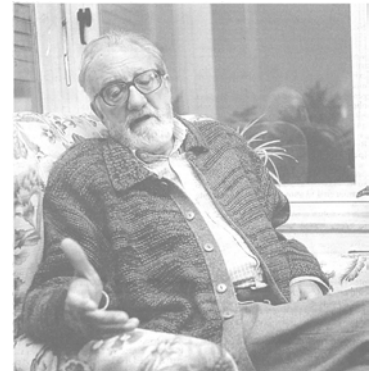
El reconocimiento actual de Antonio Pereira se debe fundamentalmente a sus cuentos. En parte, es lógico que así sea porque su maestría es indiscutible y, además, es el género literario que más ha cultivado en los últimos años, obteniendo un gran éxito entre los lectores. Sin embargo, no es extraño que el propio autor muestre una velada queja ante el olvido de su poesía que, aunque con menor intensidad, ha seguido cultivando hasta la actualidad. No es extraño el caso del escritor que se inicia como poeta y que luego abandona para dedicarse a la narrativa, pero en Pereira se ha mantenido constante su devoción poética, aunque el éxito le haya llegado de manos de la narrativa. "Creo que toda mi escritura está hecha con vocación de poesía", manifestó en una ocasión. Ciertamente, una especial sensibilidad y la búsqueda constante de la palabra exacta; tal vez de la palabra única, son características más habituales del poeta que del narrador, y que en el caso de Pereira se plasman en la actitud perfeccionista con que escribe sus cuentos.

En cierta medida es Pereira un escritor tardío. Después de unos prometedores escarceos poéticos en los años finales de los cuarenta, parece que las actividades profesionales ahogaban su ya no tan incipiente vocación literaria. Afortunadamente para la literatura, los años sesenta son testigos de la eclosión de un escritor que necesitaba expresarse: de manera -casi paralela surgen el poeta (su primer poemario, *El regreso*, se publica en 1964, en la prestigiosa colección "Adonais"), el cuentista (su primer libro de cuentos, *Una ventana a la carretera*, recibe el premio "Leopoldo Alas"

en 1966 y se publica un año después), y el novelista (su novela *Un sitio para Soledad*, finalista del premio Nadal en 1968, publicada en 1969). Pero no olvidemos otra de las facetas de Pereira escritor: sus colaboraciones periodísticas, iniciadas en el año 1950 en el Diario de León (con cerca de cuarenta artículos) y que, de manera continuada y en distintos rotativos locales y nacionales, ha sido una constante hasta la actualidad.

### **Intimismo de lo cercano**

Puede que sea acertado considerar los años anteriores como el periodo formativo del escritor. En esos años sí que encontramos un predominio de la poesía (una veintena de poemas publicados entre 1948 y 1964 en revistas y periódicos). Pereira, que se ha trasladado a León en 1949 (aun ausente, siempre en su ánimo permanece Villafranca del Bierzo), vive los últimos momentos de la revista Espadaña, que marcó la tendencia más renovadora de la poesía española en el periodo inmediato de la postguerra. Pereira empieza a encontrar su lugar. A su lado caminan Victoriano Crémer, ya un poeta firme, Eugenio de Nora, necesitado de espacios más amplios, y Antonio Gamoneda, en sus inicios poéticos. Pero sobre todo será don Antonio González de Lama, sabiduría encerrada en tan limitados contornos, quien le abra los ojos a un dilatado universo cultural. No puede decirse que Antonio Pereira se integrase en el grupo de los espadañistas, pero sí que su poesía participa de un elemento común: la humanización. Espadaña había recogido el mensaje nerudiano de los años treinta de una "poesía impura", comprometida con el hombre; también la poesía de Pereira tiene la seriedad de los grandes temas humanos, de la soledad y la solidaridad, del amor y la muerte, del erotismo y la ternura. Pero todo ello relatado sin el dramatismo de la poesía social; más bien, en el intimismo de lo cercano, del que habla amigablemente con su vecino.



Tanto *El regreso* como los siguientes poemarios, *Del monte y los caminos* (1966) y *Cancionero de Sagres* (1969) participan de una misma estética y temática: un lenguaje, a la vez que sencillo, depurado; la serenidad de una poesía que es respetuosa con los moldes tradicionales y que se debate, temáticamente, entre la necesidad del viaje (conocer para compartir otros lugares; otras gentes) y la gratificación del regreso, de la recuperación del espacio de la cotidianidad, del reencuentro con el ámbito familiar, de la afirmación de las raíces. Un cierto tono nostálgico se expande por su poesía, mezcla de la serenidad de Antonio Machado y de la sensibilidad de César Vallejo en su recurrente evocación de un ámbito familiar ya lejano.

Con *Dibujo de figura* (1972) el tono lírico se adapta a una intencionada narratividad. Es un libro lleno de novedades y que claramente enlaza con su narrativa. El verso libre facilita el tono narrativo y el poemario se configura como un todo; además, nuevos temas -la ironía, el ingenio, el erotismo- ofrecen un claro paralelismo con su narrativa. Vocación unitaria que se evidencia en el título del libro que recoge su obra poética hasta ese momento: *Contar y seguir* (1972). Aunque a partir de estos años Pereira se centra en la narrativa, no ha abandonado la poesía: doce poemas nuevos se recogen en su *Antología de la seda y el hierro* (1986) y nueve composiciones más forman su última publicación poética, *Una tarde a las ocho* (1995).

Unánimemente todos celebramos al Pereira narrador, sobre todo al indudable maestro del cuento; pero no debe olvidarse que también tenemos a un excelente poeta. Incluso hay que señalar que una interpretación certera de su narrativa pasa por el análisis de sus vinculaciones poéticas.

## Complicidades

LUIS MATEO DÍEZ

De todos los autores que conozco el que más cuento tiene es Pereira. Cuando una revista especializada quiso hacer la contabilidad completa sobrepasó con creces el centenar, y se trataba exclusivamente de los cuentos escritos, de los publicados. Los lectores cómplices de Pereira conocen a fondo ese precioso arsenal, porque Pereira se ha buscado lectores cómplices, entendiendo que la complicidad es el mejor atributo de la lectura. Se puede ser eso que llama «autor de culto» y tener adoradores secretos que cultivan un amor ensimismado o compungido. A sus lectores cómplices, Pereira no les consiente la compunción, probablemente tampoco el ensimismamiento. Un escritor vitalista que, además de contar la vida, la exalta, generalmente infunde placer en quien lee, un placer literario que contribuye a que leyéndole ganemos intensidad en nuestras propias existencias. En el mundo de Pereira no suele darse eso que algunos llaman el personaje emblemático, son más habituales los personajes del común, los supervivientes, cuyo emblema es la peculiaridad que adorna el sentido de sus vidas. Seres humanos entrañables, a veces secretos, a veces soñadores, casi siempre lastrados por el propio peso de la vida, sin que ese peso les hunda, más bien los enaltezca. El humor es un don de Pereira y por esa vía la complicidad se hace irresistible, no hay mayor lucidez que la que el humor reparte. Los que además de leerle tenemos la suerte de escucharle, estamos todavía mejor servidos, ya que el don se transforma en prodigio. Pereira es un escritor esmerado. Esto del esmero es un juego de apreciaciones que compartimos. Pocos

cuentistas han llegado tan lejos como él en la estilización del género, pocos alcanzan un grado tan alto de intensidad y emoción. Ya se ve que soy uno de sus lectores cómplices.